

EL REGALO MÁS PRECIADO

Era principios de diciembre y Héctor estaba ansioso de que llegase la Navidad pues su mujer Laura estaba embarazada y los médicos le habían dicho que daría a luz para Navidad. Pasaron los días y a Laura le llegó la hora del parto, era la tarde del 25 de diciembre: "La Navidad". Pero lo más extraño era la actitud de Héctor pues no sentía gran alegría, porque la decepción que sentía parecía ser más grande que el acontecimiento que representaba tener una hija, ¡él quería un varón!. A los dos días de haber nacido Elenita, su hija, Héctor fue al hospital a ver a sus dos mujeres, una lucía pálida y agotada y la otra radiante y dormilona. En pocos meses Héctor se dejó cautivar por la sonrisita de su Elenita y por la infinita inocencia de su mirada fija y penetrante, fue entonces cuando empezó a amarla con locura y fue en ese preciso momento cuando se dio cuenta que su hija era el más preciado regalo de Navidad. Su carita, su sonrisita y su mirada no se apartaban por un instante de sus pensamientos, todo se lo quería comprar, la miraba en cada niño o niña, hacia planes sobre planes, todo sería para su Elenita, pues era su razón más grande para vivir, decía Héctor.

Una tarde estaba mi familia y la de Héctor haciendo una merienda en un parque cercano a la casa y la niña entabló una conversación con su padre:

-Papi, cuando cumpla 15 años ¿Cuál será mi regalo de Navidad?

Pues su cumpleaños era el 25 de diciembre.

-Pero mi amor, si solo tienes diez añitos ¿No te parece que falta mucho para esa fecha?-

-Bueno papi, tú dices que el tiempo pasa volando aunque yo nunca lo he visto por aquí.

La conversación se extendía y todos participábamos en ella. Al caer el sol regresamos a nuestras casas.

Pasó el tiempo y llegaron las vacaciones de verano de Elenita, su padre le estaba esperando en la puerta del colegio donde estudiaba Elenita quien ya tenía 14 años. Héctor se veía muy contento y la sonrisa no se apartaba de su rostro, con gran orgullo me mostraba las calificaciones de Elenita, eran notas impresionantes, ninguna bajaba de diez y los refuerzos y motivaciones que le habían escrito sus profesores eran conmovedores, felicité al dichoso papá. Elenita era la alegría de la casa, estaba en la mente y en el corazón de su papá. Fue una tarde de domingo temprano cuando todos nos dirigíamos a misa cuando Elenita tropezó con algo, eso creíamos todos y dio un traspie, su papá la agarró de inmediato para que no cayera. Ya instalados en la iglesia, vimos como Elenita fue cayendo lentamente sobre el banco hasta casi perder el conocimiento. La tomamos en brazos mientras que su papá buscaba un taxi para llevarla al hospital. Allí permaneció diez días y fue entonces cuando le informaron que su hija padecía una grave enfermedad del corazón pero no era algo definitivo, había que realizarla más pruebas hasta llegar a un diagnóstico firme. Los días iban pasando y Héctor renunció a su puesto de trabajo para dedicarse al cuidado de su hija, su madre

quería hacerlo pero decidieron que ella trabajaría pues sus ingresos eran superiores a los de él. Una mañana Héctor se encontraba al lado de su hija cuando ella le preguntó:

- ¿Voy a morir? ¿No es cierto? ¿Te lo dijeron los doctores?

- No, mi amor, no vas a morir, Dios que es grande no permitiría que pierda lo que más he amado sobre este mundo. Responde el padre.

- ¿Van a algún lugar? ¿Pueden ver desde el cielo a su familia? ¿Sabes si pueden volver? Preguntaba Elenita.

- Bueno hija, en verdad nadie ha vuelto de allá a contar algo sobre eso, pero si yo muriera no te dejaría sola, estando en el más allá buscaría la manera de comunicarme contigo, utilizaría el viento para venir a verte.

- ¿Al viento? ¿Y cómo lo harías?

- No tengo ni la menor idea hija, solo sé que si algún día muero, sentirás que estoy contigo, cuando un suave viento roce tu cara y una brisa fresca bese tus mejillas.

Ese mismo día por la tarde llamaron a Héctor, el asunto era grave, su hija se estaba muriendo. Necesitaba un trasplante de corazón, pues el de ella solo aguantaría unos días más. ¡¡Un corazón!! Dijo Héctor ¿dónde encontrar un donante compatible?

Ya era diciembre y ese mismo mes Elenita cumpliría 15 años.

Y fue un viernes por la tarde cuando consiguieron un donante, una esperanza iluminó los ojos de todos pues las cosas iban a cambiar. El domingo por la tarde Elenita ya estaba operada, todo salió como los médicos lo habían planeado ¡éxito total! Sin embargo Héctor todavía no había vuelto por el hospital y Elenita lo extrañaba muchísimo, su mamá le decía que todo estaba bien y que su papá sería el que trabajaría para mantener a la familia. Elenita permaneció en el hospital 15 días más, los médicos no habían querido dejarle ir hasta que su corazón no estuviera firme y fuerte y así lo hicieron. Al llegar a casa todos se sentaron en un enorme sillón que había en el salón y su mamá con los ojos llenos de lágrimas le entregó una carta de su padre que decía: *Elenita, hija, al momento de leer esta carta ya debes de tener 15 años pues ya es Navidad y debes tener un corazón fuerte latiendo en tu pecho, eso fue la promesa que me hicieron los médicos que te operaron. No puedes imaginarte, ni remotamente, cuánto lamento no estar a tu lado en ese instante. Cuando supe que necesitabas un trasplante y que podías morir, decidí dar respuesta a una pregunta que me hiciste cuando tenías diez añitos y a la cual no respondí. Decidí hacerte el regalo más hermoso que nadie jamás haría por mi hija... te regalo mi vida entera sin condición alguna, para que hagas con ella lo que quieras ¡¡VIVE HIJA!! ¡¡TE QUIERO CON TODO MI CORAZÓN!!*

Elenita lloró todo el día y toda la noche. Al día siguiente fue al cementerio a sentarse sobre la tumba de su papá, lloró como nadie lo había hecho y susurró: "papá, ahora puedo comprender cuánto me querías, yo también te quería aunque nunca te lo dije,

ahora comprendo la importancia de decir ¡te quiero! Y te pediría perdón por haber guardado silencio tantas veces". En ese instante las copas de los árboles se mecieron suavemente, cayeron algunas hojas y florecillas y una suave brisa rozó las mejillas de Elenita, alzó la mirada al cielo, intentó secar las lágrimas de su cara, se levantó y emprendió regreso a su hogar.

Esas navidades fueron las más tristes de su vida aunque recibiese el más preciado regalo de Navidad que nadie le haría jamás, sin embargo para Héctor serían las más felices pues le había dado la vida a su hija.

2º Premio de relato breve adulto

1º Premio de relato breve infantil

2º Premio de relato breve infantil

Desiertos